

delicadeza y melindre, y los que desde chiquititos han estado destripando terrones. Antes, á lo ménos, se hacia el sorteo como era regular, porque nadie se metia en escribir y sacar las cédulas sino el escribano y yo, y cuando más, más, el señor oficial que venia con la comision. El cirujano era de nuestra pandilla, y sabiamos hacer potroso al señorito más pintiparado del lugar; todo el mundo se acomodaba con su suerte, y el que chillaba le soplábamos en el calabozo con la peana del alma. Hoy en dia empezarán con la igualdad á vueltas, y con que tan bueno es uno como otro, y con que tan apreciable es para la patria la sangre del humilde labrador como la del rico mayorazgo, y otras majaderias de este jaez. El alcalde que han nombrado los vecinos es un pobre bragazas, que piensa que la Constitucion se ha de entender al pié de la letra, y no habrá demonios que le hagan entrar en el *qui pro quo* que debe haber en todo. En una palabra, empiezo á estar tan desairado, que ya nadie del pueblo se quiere pasear conmigo, sino mi compadre, el teniente del resguardo, que es un valiente campechano.

Éste sí que es hombre que pierde más él solo que todos nosotros juntos. ¿Sabe vmd. la perita que era en un pueblo de carrera, como éste, la tenencia de resguardo? Pues sepa vmd., si no lo sabe, que él era el amo del pueblo, y que ni la justicia, ni el cura, ni lo que es más el administrador del Duque, podian tenérselas tiesas, porque la noche ménos pensada, sin tener que dar cuenta á nadie y sin andar con prevenciones ni con recados políticos, cogia su ronda, cercaba la casa que le parecia, y se colaba dentro, á registrarla desde la bodega hasta el tejado. ¡Triste del dueño de ella como se encontrára media libra de tabaco ó algun pafuelo de muselina! Allí era ver la sarracina que se armaba, y con muchísima razon, porque la Real Hacienda es lo primero. No faltaba más, sino que todo el mundo defraudase los intereses de S. M. Mi compadre ya lo tenia dicho, que como alguno no contára con él, tarde ó temprano se la habia de pagar. Apuradamente lo mismo le importaba á él enviar la mitad del lugar á un presidio que beberse un vaso de vino: lo ménos siete familias se han quedado en la calle de resultas de un contrabando, que cogió con mucha mafia, en casa de Manuel el Miliciano. Ya se ve, mi compadre las sabe todas, y no es fácil que nadie se la pegue: él fué contrabandista muchos años en la costa de Málaga, donde nació; tuvo lances muy ruidosos con las partidas, que le desaviaron dos ó tres veces; perdió las cargas, y le fué preciso pedir limosna con el trabuco á algunos pasajeros. Despues se arrepintió del oficio, y aprovechándose de un indulto que salió en favor de los malhechores, logró una plaza de guarda, y por sus méritos ha subido á lo que es. Pero, en medio de eso, es muy caritativo: con tal que los traficantes le den á él la tercera parte de las ganancias, maldito si se mete con ellos, aunque introduzcan más algodón que hay en Inglaterra, ni todo el tabaco del Brasil. Él quiere que todo

el mundo viva, y para mayor seguridad los va él mismo escoltando, de noche, con tres ó cuatro dependientes, y les planta su guía en la mano, como si tal cosa. De esta manera, no sólo tiene su casa muy provista, sino que cuando algun amigo necesita una pieza de mahon, ó cosa así, en diciéndoselo á mi compadre él se la proporciona más barata que en las tiendas, y con decir que le tocó de un decomiso, vaya vmd. á que le reconvenzan. Ahora yo no sé cómo se compondrá, porque como la Constitucion va á echar abajo todas estas cosas, él no tendrá más remedio que meterse á jugar al monte, que lo hace de perlas. Bien es verdad que, segun me ha dicho, él va á ver cómo arma una contrarevolucion, para la cual ya tiene de su parte á los guardas, y yo le he dicho que cuente conmigo y con el padre predicador cuaresmal.

Este religioso hace ya cuatro años que tiene arrendado el púlpito con su padre guardian, y sin embargo de que éste le hace pagar 100 ducados para el convento, con todo y con eso saca él más de un triplo para sus necesidades religiosas. Por de contado la posada no le cuesta ni un maravedí, porque viene á parar á casa del síndico, que es suegro del escribano, y le tratan como á cuerpo de rey. Luégo pone unos carteles llamando á penitencia á todos los pecadores, y ofreciendo confesar con mayor preferencia á los más desalmados y reacios. Las mujeres ancianas se despepitan por ir á confesarse con el padre misionero, y como él las oye con tanta caridad, y las da tantas doctrinas para quitar los escrúpulos, ellas tambien se portan con él como es debido. La fanega de trigo, ó la media arroba de chocolate, ó la docenita de pafueles oscuros no hay quien las quite. ¿Pues qué dirémos cuando saca el Cristo, y despues de haber hecho moquear á la gente les encarga á todos que no dejen de echar alguna limosna en la bandeja que está á la puerta, para socorrer una necesidad oculta? Allí es llover cuartos y pesetas, y el vaciarse y volverse á llenar como cajoncillo de taberna. Le aseguro á vmd. que este padre saca mucho fruto del pueblo, y que el pueblo pudo sacar tambien mucho fruto de él, porque si le hubieran creído desde los principios, no hubiera llegado el triste caso en que nos hallamos. ¿Le parece á vmd. que él no tenia ya noticias de lo que pasaba en la isla, y que no se desgañaba por hacernos ver palpablemente la necesidad de salir contra ellos? En mi vida he visto hombre más fuera de sí que cuando llegó la noticia de la jura de la Constitucion: yo pensé que la iglesia se venia abajo y que todo el infierno subia á ser testigo de las amenazas y pronósticos que nos hizo. Se despidió despues del pueblo, diciendo que ya en adelante no teniamos que esperar perdon de Dios, por haber renunciado al cristianismo, y que tuviésemos entendido que lo mismo es constitucion que herejía, y lo mismo libertad que iniquidad; y que así, miéntras que no supiera que todos en masa nos levantáramos para acabar con los liberales, no teniamos que

contar con sus oraciones ni con las de su convento. Con esto, y con vender el trigo de las limosnas, y con cargar tres pollinos de costales y de alforjas, se fué á mortificar estas pascuas á casa de la comadre que tiene en la aldea inmediata.

Figúrese vmd. cómo nos habrémos quedado el alcalde mayor, el administrador del Duque, el teniente, el escribano, el recetor y yo, que somos los únicos que conocemos la mucha razon que tiene el padre predicador. Cada uno, por nuestra parte, hemos jurado no descansar hasta que demos en tierra con estas novedades. El administrador ya ha recibido órden de su amo para quitar las tierras á todos los vecinos pobres, á fin de que griten y clamen contra las cosas del dia, y no tengan á quien echar la culpa del estado en que quedan, sino á la Constitucion; él, por su parte, apurará ahora con doble fuerza á los renteros, para que sientan lo duro que es eso de respetar la propiedad ajena. El recetor, que habia venido al cobro de ciertas cantidades atrasadas, va á aprovecharse estos dias para vender las mantas y las sartenes á los miserables que no han podido pagar. El alcalde y yo nos hemos de dedicar á hacer burla de cuantos vayan á los juicios verbales, y les harémos ver que el que no pleitea no se sale con la suya, y que es una mala vergüenza estar al parecer de un palurdo constitucional.

Entre tanto, me ha de hacer vmd. el favor de verse con el procurador de este pueblo, que ya sabe su casa y le ha de decir de mi parte, que vea el modo de hacer perdidizos los expedientes que le envié el año pasado, relativos al Pósito. Porque como antiguamente las cuentas iban al Consejo para su aprobacion, y luégo á la Superintendencia general, puede que ahora pongan algunos reparillos tontos estos regidores nuevos, y ya vmd. ve que no es lo mismo entenderse con ellos, cara á cara, que acudir á la córte. Digan lo que quieran, esos señores de Madrid tienen el pecho más ancho que los lugareños, y no exigian que todo saliese pié con bola, como estos cicateros. Vea vmd. qué le harán á un pueblo 30 ó 40.000 reales más ó ménos, cuando con eso se tiene contentos á los señores de Madrid, que son los que los han de sacar de apuros. Éstos de ahora son capaces de intentar no sólo que la data venga exactamente con el cargo, sino tambien ver por sus ojos el destino que se ha dado á cada partida. Sobre que de la menor bagatela quieren que se dé cuenta al público, y bajo pretexto de que ellos son los que lo pagan, quieren que se les dé noticia de su inversion. Hay hombre tan minucioso y tan ridículo entre ellos, que se ha puesto á sacar una cuenta, por la cual resulta que, con lo que hemos enviado al procurador de Madrid en estos seis últimos años, se podia haber hecho una fuente en la Plaza y un arbolado en el paseo público. Mire vmd. el señor convenienzudo con las simplezas que se nos viene.... Si quiere beber agua, que se vaya al rio, y si quiere árboles, que los busque en el monte.

EPIST. II.

Otro encarguito le tengo á vmd. que hacer, para la *Secretaría del Real Patronato de los Santos Lugares de Jerusalem*; porque, como ya vmd. sabe lo mucho que siempre me he interesado en este asunto, tan útil y tan ventajoso para el público, quisiera que los fondos que están destinados para mantener al Bey de Jerusalem y á sus piadosos turcos, no fueran ahora á malgastarlos en canales ó en plantíos de viñas. Avíseme vmd. de lo que oiga sobre este particular, para remitir un alegato al Gran Señor, pintándole este fraude, y con eso puede que se determine á enviar en nuestro socorro algun ejército de genizaros, que con ellos y algunos religiosos de por acá, podrémos hacer un esfuerzo contra los enemigos nuestros y de su gobierno. Escriba vmd. á menudo, y haga el mismo juramento que hemos hecho los arriba nombrados, y es, que más que se hunda el mundo y más que todo se lo lleve la trampa, nosotros y vmd. hemos de ser primero moros que liberales. Queda suyo afectísimo de circunstancias—SERVANDO MAZCULLA.

CARTA III.

DEL POBRECITO HOLGAZAN Á DON SERVANDO MAZCULLA.

Buena la hemos hecho, señor don Servando: ya podemos preparar nuestros oídos á los gritos y risotadas de todos cuantos nos conocen. ¿Sabe vmd. lo que me ha pasado? Pues oiga el chasco que nos sucede, y prevéngase de conformidad y paciencia para muchos dias. Ha de saber vmd. que entre mis pesares y miserias, no es la menor el tener un hijito bastante tonto, y que por esta sola razon es el ojo derecho de su madre. Ya ha cumplido los doce años, y todavia no se le ha podido meter en la cabeza el principio de la cartilla, ni mucho ménos cosa que huelva á doctrina cristiana. Nos pierde el respeto á cada instante, y cuando me pongo á reprenderle se arma una pelotera con su madre, que al fin y al cabo tengo que callar.

Pues señor, este angelito, sin saber cómo ni cuándo, ha cogido de encima de mi mesa la carta que recibí de vmd. y el borrador de la que yo le dirigí dias pasados. No hay duda en que las tiró por la ventana, ó de cualquier otro modo las hizo venir á manos de algun galopo redomado; lo cierto es que sin más ni más están ya impresas en letra de molde, y que se venden en una librería, y que los ciegos andan por esas calles publicándolas á grito pelado. No contento con eso el tal galopo, las ha puesto el título de *Lamentos políticos*, y sea por esto, ó porque hacen reir á nuestra costa, lo cierto es que todo el mundo las compra, y que andan de mano en mano como peso duro roñoso. Yo, por mi desgracia, pasé por la Puerta del Sol, y vi que todos me miraban con ahinco y como si quisieran reconocermé. Íbame, pues, escurriendo más que de prisa, cuando uno de los muchos que estaban con el papel en la mano empieza á gritar á sus amigos, diciéndoles: *Él es, no hay que dudarlo, ahí lleva todavia la señal*

del escudito. Figúrese vmd. cómo me quedaria yo al oír estas voces, y más cuando se me acerca el tal sujeto y me espeta el papel en las narices. Mira tu retrato, me dijo, y sírvate de castigo ó de correccion, en inteligencia de que del mismo modo que te hemos conocido, sabemos tambien quiénes son los originales de los demas.

Callé mi boquita, y me fuí pian pian al juzgado de imprentas, en donde yo tuve en mis tiempos un oficial conocido. Hallo la puerta cerrada, llamo; sí, ya bajan; ni una mosca se sentia á dos leguas en contorno. Iba ya á preguntar á los vecinos, cuando me acordé de pronto de que ésta es una de las jaulas que se han quedado sin pájaro. Santo Domingo de mi alma, dije para mí, ¿es posible que hayais permitido que se acabe tan de pronto este antemural de todos los entendimientos? Apénas hace un mes que nadie se atrevia á imprimir una escuela de convite, y ya hoy se están imprimiendo más tomos que en Antuerpia. ¿Qué necesidad tienen estos escritores de andarse exponiendo á perder el fruto de su trabajo, y á más á más los gastos de la impresion, si no se venden sus libros? ¿No era mejor y más bueno que algun señor camarista les dijera clarito y sin rodeos, no me da la gana de que vmd. imprima? Ni tienen que venirse ahora con decir si su ilustrísima lo entendia ó no, porque apuradamente tenia un repuesto de censores, que el que más y el que ménos era prior de una comunidad, ó acaso acaso confesor de monjas. Todo estaba previsto en sus reglamentos, y más querian que no se imprimiese un libro en todo un siglo, que el que la gente se enterara de ciertas cosas. Aquello ya se sabia iba un poquito despacio, pero ni excedia de cuatro ó cinco años, y el libro que llegaba á obtener el permiso del señor Juez de imprentas, ya se podia decir que era libro. Pues no digo nada del tino con que se encomendaban á los censores: á fin de que nadie pudiera decir aquello de *¿quién es tu enemigo? el que es de tu oficio*, en cuanto se presentaba un libro de medicina, zás, al prior del Rosario con él. ¿Salia otro de farmacia ó de química? corriendito, su decreto al canto para que lo censurase el guardian de capuchinos (1).

Ahora todo es baraunda, y confusion, y gritos, y alborotos por estas calles; cada dia sale un periódico nuevo con diferente título, y no parece sino que no tenían bastante con los antiguos. El que ántes queria saber noticias de todo el mundo, ¿tenia más que leer la *Gaceta*? Y el que gustaba de divertirse un rato por las mañanas, ¿tenia más que coger el diario, que siempre es muy chistoso y satírico? Sobre que la gente con nada está contenta.... Allí se trataba de todo con suma ligereza y donaire; ¿qué tendrá nadie que decir de aquellos *solemnes cultos y novenas misiones que la archicofradia primitiva de tal, incorporada con la esclavitud de tal y la hermandad de cual, dedica, ofrece y consagra en su devota capilla*, ó cosa semejante? Pues por lo que toca á

(1) Estos dos despropósitos se cometieron el año pasado en Madrid, y el que lo dade que venga á mi casa.

señas, ¿dónde se encontrarán más puntuales que cuando se dice: *Predicará la divina palabra y deramará el pasto espiritual, el domingo á las diez de su mañana, el reverendísimo padre maestro fray Fulano de tal, prior en su convento de tal parte, y ex-lector de teología, y maestro de novicios que fué de tal comunidad*? Y no digo nada de las relaciones de fincas y subastas, y las listas de las comedias ejecutadas, que son capaces de hacer reir al mismo Heráclito. Dejémonos de cuentos: el que no se entretenga con el *Diario de Madrid*, no tiene que esperar que nadie le cure la melancolía.

Así discurría yo al volver del juzgado de imprentas, cuando hétele que viene á mí un religioso secularizado, con sus hábitos raidos, gorro calado, fiador con borlas gruesas, zapatos de boton, y diferentes otros adornos característicos de su estado. Venia mustio y melancólico, y como yo tampoco estaba muy alegre, nos acercamos el uno al otro y trabamos conversacion. Creia yo que la tristeza del padre naceria de igual causa que la mia, y así empecé mi saludo con la ordinaria pregunta de ¿qué me dice vmd. de estas cosas? Ya vmd. ve qué locuras estas; esto es un desórden: cuatro locos sin juicio y sin cabeza: el pobre Rey no puede remediarlos; y si esto sigue, la nacion se va á perder sin remedio ninguno: lo que quieren es acabar con las cosas santas, y... ¿Qué es lo que está vmd. diciendo, amigo? ¿Vmd. sueña ó delira? ¿Piensa vmd. acaso que los religiosos secularizados no estábamos deseando esto mismo? ¿Le parece á vmd. que nos han hecho sufrir pocas pesadumbres entre unos y otros? Pues el que más y el que ménos ha tenido que aguantar muchísimas cabronadas para conseguir el pase de la bula, despues de gastar los ojos. Si supiera la gente los pasos que cuesta eso de secularizarse, yo aseguro que nos tendrian más lástima de la que generalmente nos tienen. Verdad es que nadie nos puso una pistola á los pechos para que nos metiéramos frailes, pero, ¿qué harémos con eso, si ninguno sabiamos lo que nos haciamos en aquella edad? Mi tío, el padre Custodio, me dijo que yo tenia vocacion, y yo me lo creí á piés juntillas; pero luégo que él se murió, y me quedé sólo con los frailes, conocí, á no dudarlo, que mi vocacion era la de dejar el convento.

Desde entónces acá no ha habido dia en que no pase un nuevo disgusto; el Consejo, los frailes, el Obispo, todos se han conjurado contra mi bula, despues que me costó más que ella vale. Eso del coste, le dije, es indispensable, porque ya vmd. ve que los caballeros curiales es menester que coman y que gasten casaca, y luégo en Roma necesitan algun dinerillo, porque si no la religion; en fin... Además de que, eso es una bagatela, porque al fin y al cabo, ¿á qué puede montar cada año lo que sale para allá? quizás, quizás no pase de veinte millones, que con recargar á dos ó tres provincias una miajita más de lo que ya están, se sale del apuro y se queda con lucimiento. ¿Y para qué queremos acá esos lucimientos? me replicó el padre; ¿le parece á vmd,

que es razon que me desuellen á mí y á otros muchos para que cuatro holgazanes de acá y de allá, no sólo gasten casaca, sino que se paseen en coche y los llamen excelentísimos? ¿no valiera más que ese dinero circulara por la nacion, y supuesto que tenemos tantos y tan sabics señores arzobispos y obispos, éstos fueran los que nos dispensaran ó no dispensaran, segun hallasen más ó ménos justas las solicitudes? ¿es razon que cada mes estén ocupados diez ó doce banqueros en extraer talegas y más talegas de esta pobre nacion, sin que siquiera se diga una palabra al público? Yo aseguro que sólo con que se mandara poner una lista exacta de lo que sale cada trimestre, no duraria mucho semejante desórden. Pero, hombre, le dije yo, ¿no vé vmd. que entónces no podria sostenerse el brillo de los señores cardenales y monseñores, y que si se disminuye la agencia al ministerio de Roma, apénas podria dar un convite diplomático? ¿No conoce vmd. que entónces habria mil dificultades para prorogar el privilegio de comer carnes *saludables, huevos y lacticinios á todos los fieles de estos reinos, islas adyacentes y dominios de América*? ¿no le hace á vmd. fuerza que aunque por fortuna en los puertos de mar puedan comer salmon *saludable* y barato, nosotros tendriamos la desgracia de no probar, durante cuarenta dias, más que abadejo duro y correoso? Vaya que dicen vmds. cosas que le hacen á uno salir de sus casillas, y si no fuera por lo que ha pasado estos dias, se habia vmd. de acordar del santo de mi nombre.

Retiróse el buen padre algo mohino y sin atreverse á decirme una palabra, porque todavía les hacemos algun miedo; se fué por la calle abajo, y yo me quedé indeciso sobre qué rodeo tomaria para no pasar por la Puerta del Sol. Estando en éstas, oigo unas voces terribles, así como de disputa acalorada, y por no perder la costumbre me paré á escuchar lo que decian. Tenia el uno de ellos una voz fuerte y áspera, así como de labriego ó patan, ó sorchante de alguna parroquia; el otro la tenia más meliflua y apocada, de modo que formaban un dúo bastante desagradable. Sí, señor, decia el primero; lo que le digo á vmd. es que es una gran picardía que los diezmos se sigan cobrando como hasta aquí; una cosa es que los ministros de la Iglesia tengan con que vivir decentemente, sobre todo aquellos que nos suministran el pasto espiritual, y otra que nos saquen los redaños bajo el nombre de diezmo: ¿pues qué le parece á vmd. que porque seamos labradores no tenemos sacada muy bien la cuenta de lo que importa esta contribucion? Lo ménos, ménos que nos sacan es el cincuenta por ciento de lo líquido, y algunos años no es el cincuenta, sino el todo. Mire vmd. bien lo que se dice, señor Juan Lanas, replicó el otro, porque yo soy partícipe, y sé muy bien lo que llega á mis manos. Eso no me importa á mí nada, dijo el labriego, ni son de mi incumbencia los repartos que vmds. hacen. Que el Rey se lleve la mitad ó las tres cuartas partes, y que el resto esté tambien muy mal repartido, eso no quita que yo pague

una contribucion tan disparatada como la que he dicho, la cual no sólo impide que jamas prospere la agricultura, sino que nunca saldremos de pobres los que cultivamos la tierra. Vámonos despacio, dijo el partícipe, y tenga vmd. entendido, en primer lugar, que esa voz de *contribucion* es muy impropia cuando se trata de diezmos, los cuales son de derecho divino y deben llamarse *retribucion*. En segundo, que yo he sido algun tiempo oficial de una mesa capitular, y sé muy bien que todo lo más que se paga por via de diezmo no pasa de un cuarenta y ocho por ciento. Verdad es que algunos años son tantos nuestros pecados y tan escasas las aguas, que suele no corresponder la cosecha á la avaricia del labrador; pero Dios sabe muy bien lo que se hace, y no nos toca á los hombres investigar sus juicios inescrutables. Esos años se tiene un poco de paciencia y se ayuna, y sobre todo se guardan las fiestas algo mejor que lo que vmds. acostumbran, porque ha de saber vmd. que lo que se trabaja en dias feriados, léjos de ser útil á la tierra, por el contrario, la esteriliza y destruye. Yo no entiendo esas teologías, señor partícipe; pero sé decir á vmd. que mientras haya tanto cuervo y nos saquen tanto grano, siempre descargará la ira de Dios sobre los pobres labradores aunque se maten á trabajar.

Con esto vi que ya se acababa la disputa, y traté de retirarme ántes de que me observaran; pero me hallé detenido por el señor don Pancracio, á quien vmd. conoció de teniente de hermano mayor de la muy ilustre hermandad de cuadrilleros de la imperial ciudad de Toledo. Dióme un estrecho abrazo y me dijo que celebraba infinito haberme encontrado para hacerme una pregunta importante, la cual se reducía á saber si durante esta tremolina, y mientras que se juntaban las malditas Córtes, podria él hacer uso del fuero de la Santa Hermandad; porque, hablando en plata, me añadió, hace ya unos tres años que estoy en pleito con un bergante, el cual me quiere cobrar la renta de un molino que tiene junto á Yébenes. Hasta ahora, gracias á Dios, le he podido entretener, declinando la jurisdiccion ordinaria, y áun conseguí que mi sobrino el alcalde lo llevase preso á nuestra cárcel, donde ha pasado el invierno por sospechas de liberal. Pero, como S. M. expidió ese decreto tan rotundo para que se pusiese en libertad á los de las opiniones, mi sobrino ha hecho la majadería de ponerle en la calle. No bien ha visto la luz, cuando instauró su demanda ante el Alcalde constitucional, que no me quiere nada bien, y me temo que no habrá otro remedio que aflojar la bolsa. Yo desearia que vmd. me ilustrara sobre este punto, y que me indicase un medio para conjurar la tempestad que me amenaza. Quedéme un poco confuso y pensativo reflexionando á qué estado nos van reduciendo á todos los que tenemos unos privilegios tan antiguos, de suerte que hasta los acreedores se atreven con nosotros. Sin embargo, le dije, vmd. tiene todavía un recurso que me parece que le ha de sacar adelante, pero no se le digo á vmd. si ántes no me promete alguna gratifi-

cacion, siquiera para comer un par de días. Plantóme un peso duro en la mano, y yo le dije de este modo: Si tuviéramos aquí á nuestro amigo don Servando, él nos alumbraría con cuantas leyes hay en las Partidas, y á pesar de la Constitución se podría trampear el negocio; pero, como está tan lejos, y el de Yébenes nos aprieta, yo no encuentro cosa mejor que el que vmd. alegue un ejemplar que está saltando á los ojos. Vmd. ya sabe lo que pasó con las temporalidades de los jesuitas: el Rey se echó sobre ellas, y empezaron á administrarlas por cuenta de la Real Hacienda. Ignoro si fué mucho su producto, ó si, como dicen malas lenguas, todo ó lo más se quedó entre las uñas de los administradores; lo que sé decir es, que en tiempo de Carlos IV se señalaron bastantes pensiones á muchas viudas y huérfanos sobre esta clase de fondos. Los interesados las estuvieron cobrando pacíficamente hasta que volvieron los padres, y sin embargo de que éstos han recogido para pocos lo que sobraba para muchos, se han cerrado enteramente á la banda sobre eso del pagar las pensiones. Las viudas y los huérfanos, y los establecimientos públicos que las gozaban, se han quedado al piste, y por más órdenes y decretos que se han expedido para que se les pague, los padres se han salido con la suya, y no han aflojado una peseta. Decía yo, pues: deuda por deuda, ¿qué más da la de vmd. que la de los padres jesuitas? Y si ellos no pagan, ¿por qué ha de pagar vmd.? Lo que tenemos que hacer es irnos á buscar, un cierto señor obispo, á quien yo conozco, que así como ha sabido dar carpetazo á las reales órdenes, é impedir que sean oídas las viudas, así también puede, por caridad, indicarnos el medio de burlar al de Yébenes.

Admirable pensamiento, me dijo, y dándome un apretón de mano, se fué al meson de los huevos, que es la posada indica de los cuadrilleros del uniforme verde, y yo me retiré á casa á dar una vuelta por mi familia. Allí me encontré con dos esquelas á un tiempo, en que me llamaban para copiar borradores, que es lo único en que ahora se pueden ganar algunos cuartejos, y le aseguro á vmd. que más hubiera querido que viniese una despues de otra, porque me figuro que ha de haber mucho que hacer para poner en limpio los dos asuntos de que tratan. La primera que leí es de un señor general, que tiene honores de golilla, y que aunque nunca ha salido de la corte, no sólo ha sabido ascender á los primeros grados de la milicia, sino que tiene todas las insignias, órdenes y condecoraciones que han salido desde Carlos III acá. El hombre se ve hoy una mijita comprometido sobre ciertos dictámenes que se le pidieron hace algun tiempo, y ya se vé, como él no era profeta y vió que la maza estaba levantada sobre dos clases de sujetos, juzgó que era más sencillo hacer que descargara encima de ellos, que no tenerla suspensa tanto tiempo contra las leyes de la estática.

La otra esquela era de un eclesiástico de muchas campanillas, contra quien van lloviendo tantas que-

jas de todo el tiempo que ha estado ejerciendo un destino de importancia, que al fin y al cabo recela que se ha de dar á su costa una satisfaccion al público. Yo lo sentiría mucho por cierto, porque tengo fundadas esperanzas de que me reciba por su mayordomo ó cosa semejante, como que nadie quiere que le sirva sino gentes así como yo, que piensen de la misma manera que él; y como van quedando tan pocos de nuestro modo de pensar, no habrá quien me dispute la conveniencia. Lo cierto es, que así uno como otro quieren dar un *manifesto*, cada uno á su manera, porque dicen ellos, y dicen bien, que este modo que se ha descubierto de poco acá es el mejor y más sencillo para despues que uno ha hecho lo que le ha dado la gana, dejar á todo el mundo con la boca abierta: como que se hace uno los cargos á sí mismo, y responde lo que se le antoja, y pone los documentos que quiere, y como quiere, y con la fecha que quiere, y por fin y postre le dejan la renta, y el que viniere atras que arree, y el que fuere tonto que estudie, y santas pascuas.

Al correo inmediato daré á vmd. razon puntual de cómo ya este asunto, y le enteraré de otras cosas que nos interesan. Entre tanto queda de vmd. afectísimo.—EL LAMENTADOR.

CARTA IV.

DEL POBRECITO HOLGAZAN Á DON SERVANDO MAZCULLA.

Amigo y señor: Dejé, si no me engaño, pendiente mi última carta en aquellas esquelitas que acababa de recibir de mis dos favorecedores; y en efecto, apenas me acepillé el vestido, cuando me fui en derechura á presentar mis respetos á S. E. Halléle en su gabinete revolviendo mamotretos y deshaciendo legajos, que, segun el colorcillo de manteca rancia que tenían, me parecieron no haberse visto en soltura de muchos años acá. Apenas me hubo mirado, echó mano á los anteojos y me dijo de este modo: «¿Parécele á vmd., amigo, que á un hombre de mis servicios se le ponga en precision de cantar la palinodia? Supongo á vmd. enterado de las bolinas que corren, y acaso no ignorará que me veo en precision de imprimir un *manifesto*. No es esto lo que me apura, porque ademas de que ya me lo tiene enjaretado un amigo que me estima, tengo aquí una coleccion de los que más han sonado en estos años atras. Lo que sí me mortifica es, que hasta tanto que salga tengo que guardar clausura, y no presentarme con mi berlina por ese Prado adelante, como tenía de costumbre. Hasta el compañero que iba todas las tardes conmigo se ve también atacado, y no se atreve á salir de su escondite. Por lo tanto, yo quisiera que vmd. no retrasara el ponerle en limpio, y para que no pueda equivocarse en los elogios que debe tributarme, quiero que vmd. vaya repasando conmigo esta hoja de servicios, que he encontrado aquí á la mano.

«Piensan por ahí cuatro tontos que para haber llegado á teniente general no he tenido más que favor y más favor; pero yo les haré ver ahora que no me han hecho más que justicia rigurosa. Porque ha de saber vmd. que todavía no habia cumplido nueve años cuando me veía ya con dos charreteras en los hombros y mi despacho corriente, por los muchísimos méritos que habia contraído mi madre, siendo *señora de honor*. Más de seis años estuve agregado á los regimientos que habia de guarnicion en la corte, y precisado todos los meses á irme á presentar en la revista; vi pasar por cima de mí muchísimos capitanes más modernos que yo, bajo pretexto de que habian perdido algun miembro de su cuerpo en la guerra de Gibraltar. Entre tanto ya me iba apuntando el bigote, y si no es por un almuerzo que se dió en la casa del Labrador, acaso no hubiera salido á jefe hasta estar harto de cumplir diez y seis años. Por fin me hicieron teniente coronel agregado, y tuve que ponerme en marcha para el Puerto de Santa María, separándome de mi pobre madre, y sin más recomendacion que unas cartas del Ministro de la Guerra para el capitán general de Andalucía. Este señor me precisaba á ir muchos días á su mesa, y hasta me encargó una comision de traer pliegos á la corte, anunciando la llegada de una flota; vea vmd. si este servicio no merecía la miseria que me dieron, que fué el grado de coronel. Pues hasta eso lo llegaron á murmurar. Detíveme aquí unos días, y como no era razon que habiendo yo servido tan bien á la patria no se me concediera algun descanso, mi madre reclamó, como era justo, que se me emplease en la Secretaría, sin más objeto que el de cobrar alguna cosa más de sueldo. Allí aguanté todo el tiempo que duró la guerra anterior de Francia, y cuando se hizo la paz, ya se caía de su peso que me dieran la encomienda que disfruto en la Orden de Santiago. Luégo tuve que aguardar á un día de besamanos para lograr el bordado de brigadier. Veá vmd. si hasta entónces tendria nadie que decir de mi carrera; pues con todo eso no me han faltado enemigos y envidiosos que han estado murmurando de mis adelantamientos, sin considerar que otros apenas andan á gatas cuando ya son mariscales de campo. En verdad, en verdad, que yo no lo fui hasta la campaña de Portugal, cuando conquistamos el *naranjal de Yéves*, que nos costó más sangre que lo que á vmd. le parece. Finalmente, cuando llegaron los franceses, yo me exalté de puro patriotismo, y de paso para Cádiz me acerqué á la Junta de Extremadura, donde me dieron el grado de teniente general.

«Todo esto que he dicho á vmd., lo verá confirmado en ese legajo, que no hay más que ir buscando patentes, para que se vea que no miento. Pues por lo que hace á insignias, no hay una que yo no me haya ganado; á bien que no tienen más que mirarme al pecho cuando voy á la corte, que apenas tengo uniforme donde me quepan. Por eso S. M., que hasta ahora sólo ha premiado el verdadero mé-

rito, me colocó en el Supremo Consejo de la Guerra, para que con mis luces y experiencia militar organizase el ejército, y cuidase, sobre todo, de poner trabas á las purificaciones. Esto es, en compendio, lo que vmd. ha de poner de letra bien clara en el *manifesto*, tocando ligeramente eso que dicen por ahí de los dictámenes particulares que puse, porque, ademas de que yo me propongo desvanecer esa especie verbalmente, con sólo que vmd. recalque un poco sobre *mi nacimiento, mi honor, los altos destinos que me han sido confiados, y sobre todo mi acendrado celo por el servicio*, estamos despachados, y Cristo con todos. Para documentos justificativos puede vmd. copiar al fin todas las patentes y despachos que tengo, y aquel oficio que me pasó el alcalde de Don Benito, contándome el suceso de la Albuera.»

Con esto me retiré á mi casa, y despues de haber puesto en orden todos los papeles, me dirigí á la del otro señor eclesiástico que me habia enviado á llamar. Como yo ya sé su genio, procuré mesurar mi semblante y mis palabras para no contradecirle, y aguantar algunas impertinencias que tiene. Encontré al lacayo en la antesala, y como éste no sabía que yo iba allí llamado, me dijo que no tenía que esperar al amo, porque estaba rezando maitines interin llegaba la hora de darse la disciplina. Díjeme entónces que yo no me hubiera atrevido á venir á molestarle si no me hubiesen enviado á llamar para cierto encargo que se necesitaba de prisa. Levantóse de la silla y pasó á dar el recado al señor, quien dió orden inmediatamente de que pasase adelante. No estaba, por cierto, rezando maitines, sino tomando un jicaron de chocolate con muchísimos bizcochos, y sin levantar la vista me preguntó si yo era todavía cristiano católico, ó si me habia dejado pervertir por las máximas del día. «Bonito soy yo para eso, le respondí; apuradamente ninguno es más enemigo que yo de lo que está pasando, y cada día me acuerdo más de lo que perdemos todos en que ya no se escuchan los santos consejos de los varones apostólicos que hasta ahora han llevado el timon de la Iglesia y del Estado. Pero Dios querrá que esto cambie, y que veamos otra vez encendida la antorcha de la fe, que se va apagando á toda prisa.»

Entónces me miró de arriba abajo, y poniendo una cara algo ménos austera que hasta allí, «Bien parece, me dijo, que no ignora vmd. los grandes servicios que se hacen á la nacion con abocarse uno exclusivamente las propuestas de todos los destinos de importancia, porque con eso nadie sale acomodado sino el que tiene el modo de pensar que se le manda. Mi dictámen ha sido siempre que ninguno que se rie puede ser querido de Dios; que los hombres necesitan mucho palo, y que no poniendo al frente de todas las corporaciones hombres duros y apasionados á obedecerme, el altar y el trono corrian un peligro inminente. Pero esto no es del caso; lo que yo necesito es que vmd. vea de coordinar un *manifesto*, así, á manera de pastoral, que piensó